

## *Brasil, actor global*

LUIZ INÁCIO LULA DA SILVA \*

**H**

ablar del “Brasil, actor global” lleva hacia un problema central: ¿Cuál es el sentido y las posibilidades de la presencia y acción de mi país en el escenario internacional? La expresión “actor global” puede provocar malentendidos. El primero es el de creer que el Brasil, un país con problemas sociales y sin medios importantes de proyección de poder militar en el plano internacional, no podría aspirar a ser globalmente un actor pleno.

Solamente los países ricos, socialmente más desarrollados y dotados de medios militares más expresivos tendrían la capacidad de actuar de forma independiente y eficaz en la escena mundial.

Es evidente que la riqueza y la fuerza militar son expresiones de poder. Ellas no agotan, sin embargo, la capacidad de acción y de influencia que puede disponer un país. El segundo error es pensar que el Brasil, sólo por poseer un vasto territorio, abundantes recursos naturales y una numerosa población, tendrá automáticamente un papel relevante en la esfera internacional.

El Brasil está, felizmente, luego de esas dos extremas perspectivas. Nuestra diplomacia es experimentada, bien preparada y suficientemente lúcida como para no ser ni tímida ni temeraria.

Mi experiencia personal, como líder obrero, me enseñó que en cualquier negociación la credibilidad es un factor fundamental. Y para tener credibilidad es necesario conocer las fuerzas de que disponemos.

No eludimos nuestras responsabilidades, por timidez o por temor a los más poderosos. Nuestro desafío es el de intentar entender, y de afirmar, cómo el Brasil puede colaborar para la construcción de una nueva relación internacional de fuerzas. Necesitamos un mundo más democrático, justo y pacífico, pero eso no depende solamente de nosotros y tampoco puede conducirnos a la pasividad.

---

\* Presidente de la República Federal de Brasil

Abrir mano de la idea de una “acción global” sería dejar el futuro al gusto de las fuerzas de mercado, en el que prolifera un enorme desorden económico y financiero, o al gusto de políticas de poder, dominadas por posiciones unilaterales.

El Brasil nació, 505 años atrás, fruto de las grandes exploraciones marítimas, la primera ola de “globalización”, emprendida por el capitalismo mercantil. Como colonia, después como país políticamente independiente, sufrimos por siglos los constreñimientos que condicionaron la vida de los países de la periferia. En nuestra historia vivimos momentos de sumisión y de reacción a esos constreñimientos.

Hoy, lo que importa es buscar espacio en este mundo globalizado, por medio de una acción política que preserve la soberanía nacional, garantice la soberanía popular y contribuya para profundizar la solidaridad internacional. La “mundialización”, como se dice, nos colocó delante una nueva obligación: la de hacer que las fuerzas que ella desencadena sean canalizadas para atender los intereses de la mayoría. No me he apartado de ella. Fui a Porto Alegre y a Davos. Defendí en los dos encuentros las mismas ideas: aquellas que expresé también en mis intervenciones en Evian y en Escocia, cuando me reuní con los líderes del G-8.

Creo que se pueden establecer puentes entre foros y grupos de países que antes parecían irreconciliables. Veo una creciente disposición para estrechar ese diálogo. Porque hasta las grandes cuestiones a las que nos enfrentamos en la actualidad, desde la pobreza en África y los cambios climáticos hasta el terrorismo, sólo podrán ser resueltas efectivamente con una acción concertada, multilateral.

Un país como el Brasil no tiene la opción de vivir al margen de los procesos globales. Daré un ejemplo: Tenemos un programa de combate al Sida que es mundialmente reconocido como respuesta a uno de los peores dramas vividos por la humanidad en nuestros días. Realizamos, en amplia escala, la distribución de medicamentos retrovirales. Pero, para que sea viable en un país con recursos escasos, ese programa depende de que los precios de los medicamentos no sobrepasen ciertos límites razonables.

Se vuelve esencial, por lo tanto, establecer un equilibrio entre los intereses legítimos de las empresas farmacéuticas, que se benefician de las patentes, y el interés mayor de salvar cuantas vidas podamos.

Las normas sobre patentes hoy no son definidas aisladamente en cada país, son normas globales. Participamos todos en su elaboración, en su interpretación y en su ejecución. En el caso del Sida, esa participación es, sin exagerar, una cuestión de vida o muerte.

*Más que las fuerzas del mercado.* Otro ejemplo, al que me he dedicado más, es el combate al hambre y a la miseria, Por mi propia trayectoria de vida y

experiencia política, es una prioridad personal. Siempre tuve conciencia de que esa tarea no era apenas de los brasileños, sino de todas las naciones. El hambre y la pobreza tienen soluciones internacionales. Pero eso no quiere decir que los países no deban asumir sus responsabilidades para reducir las desigualdades y garantizar a todos una vida digna. Pero es innegable que el esfuerzo de cada país, principalmente de los menos desarrollados, ganará mucho si es respaldado internacionalmente. No hablo sólo de acciones compensatorias, necesarias pero insuficientes. Hablo de iniciativas de fondo, que ataquen a las causas estructurales del hambre y de la pobreza en el mundo. Por eso defiendo un sistema más equitativo, donde los flujos financieros y el comercio internacional creen oportunidades y no sean factores de desunión económica y social.

El problema del hambre y del subdesarrollo no será resuelto sólo con las fuerzas del mercado.

Muchos agricultores pobres en la periferia del mundo tendrían, hoy, condiciones de competir internacionalmente y de tener una vida más digna, si no fuese por las barreras que les impiden vender lo que producen a los consumidores en los países más ricos.

Necesitamos encarar este problema de frente. Es intolerable que mil millones de dólares sean gastados cada día en subsidios a la exportación y en medidas de apoyo interno a la producción agrícola. No es humano ni racional que una vaca tenga un subsidio superior a la renta individual de centenas de millones de hombres y mujeres.

Según el Banco Mundial, una liberalización efectiva del comercio agrícola podría generar cerca de doscientos mil millones de dólares de renta global adicional, lo suficiente para retirar a más de 500 millones de personas de la situación de pobreza. Puedo citar muchos otros ejemplos, todos apuntando en la misma dirección: esos problemas no se resuelven solitos, ni por la iniciativa de algunos países. Exigen la participación activa de los países en desarrollo. Es lo que el Brasil ha hecho en los últimos dos años y medio. Hemos realizado un intenso trabajo diplomático de profundización de vínculos tradicionales en nuestro Continente y de mayor aproximación con regiones del mundo en desarrollo, como África y el Oriente Medio.

El Brasil quiere que su voz sea oída cada vez más en el plano internacional. Pero también queremos oír la voz de otros países para identificar intereses comunes e intensificar el diálogo y la cooperación. Hace dos meses tuvimos la satisfacción de celebrar, en Brasilia, una Cúpula pionera que reunió a países árabes y sudamericanos y abrió nuevas y promisorias vías de aproximación entre estas dos regiones del mundo en desarrollo.

Con la India y África del Sur establecimos un foro de diálogo trilateral. Además de estrechar nuestra coordinación política creamos un fondo inédito, administrado por esas tres grandes democracias del mundo en desarrollo. Un primer proyecto ya está beneficiando a Guinea-Bissau. En los planos económico y comercial trabajamos para profundizar la integración y la unidad de nuestra región, la América del Sur, así como para ayudar a construir una

economía internacional que proporcione mejores oportunidades de crecimiento para todos.

El Brasil ha hecho un gran esfuerzo para retomar el crecimiento económico, reducir el desempleo, mejorar la distribución de la renta y aumentar su capacidad de competencia externa.

En 2004 nuestro comercio exterior sumó casi 160 mil millones de dólares, con más de 96 mil millones de exportaciones. Ese valor fue el doble del total de las exportaciones registradas en 1999. El saldo comercial, que al final de los años 90 era deficitario, generó en 2004 un superávit de casi 34 mil millones de dólares. Las previsiones para 2005 son de un superávit de casi 40 mil millones de dólares.

Nuestro comercio con el mundo tiene carácter “global”. La distribución de nuestras exportaciones entre los principales mercados mantiene un notable equilibrio geográfico entre la Unión Europea, los Estados Unidos, la América del Sur y Asia. Otras áreas, como África y Oriente Medio, revelan señales promisorias de crecimiento. Todo eso significa que el Brasil está más abierto al mundo.

La relación comercio exterior-PIB pasó de menos del 15%, en los años 90, a más de 26% en 2004. La estabilidad macroeconómica que conseguimos, sumada al fortalecimiento de la capacidad exportadora, redujo nuestra vulnerabilidad externa. En 1999, el pago de juros por Brasil representó más de 33% del total de nuestras exportaciones. Hoy no pasan del 16%.

El Brasil reúne todas las condiciones para hacer su inserción en la economía internacional cada vez más provechosa y, lo que es muy importante, preservando nuestra autonomía para ejecutar políticas públicas indispensables para un desarrollo sostenible, con justicia social.

A esta altura muchos se podrán preguntar si una acción más destacada del Brasil en la escena internacional es compatible con un estrecho relacionamiento con nuestro entorno inmediato, la América del Sur. Pienso que no solamente es compatible sino absolutamente indispensable.

La asociación estratégica con la Argentina, la consolidación del Mercosur y la integración sudamericana son prioritarias para nosotros. Más que eso: son inseparables de nuestro proyecto nacional de desarrollo. Y eso no es retórica, es la realidad, son los hechos.

Ningún otro gobierno brasileño buscó la aproximación con nuestros vecinos con tanta intensidad. Los contactos en el más alto nivel se incrementaron. Hemos acelerado proyectos para la integración de la infraestructura física regional, para lo que contamos, incluso, con recursos del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social. Posiblemente, en 2006, tendremos por lo menos una obra de infraestructura financiada por el Banco de Desarrollo brasileño en cada país de América del Sur, haciendo realidad el sueño histórico que motivó tantas y tantas luchas en nuestra región.

A partir de esa base avanzamos en la consolidación del Mercosur, a pesar de las dificultades y de las crisis de crecimiento que, como saben los europeos, son comunes en los procesos de integración. El Mercosur es una realidad y una promesa cada vez más importante para nuestros pueblos.

Ahora trabajamos para reforzar sus instituciones y dotarlo de un Parlamento que reforzará su vocación democrática y permitirá encauzar de forma más profunda la construcción de un destino común.

El Mercosur no puede reducirse apenas a una zona de libre comercio o a una unión aduanera. Tiene que ser un espacio efectivo de integración económica, política, cultural y de construcción de una nueva y ampliada ciudadanía. Avanzamos en dirección a una integración más solidaria, con la creación del Fondo de Convergencia Estructural del Mercosur, volcado hacia la reducción de las asimetrías entre los países miembros y sus regiones, promoviendo la competitividad y la cohesión social.

Paralelamente, y una cosa refuerza a la otra, estamos construyendo la Comunidad Sudamericana de Naciones. Los países del Mercosur están cada día más próximos de la Comunidad Andina, porque creemos que ambos son procesos complementarios y convergentes.

La América del Sur toma conciencia de su identidad y de su vocación para la integración. En pocos días serán iniciadas las obras de construcción de la carretera interoceánica, que comunicará a Brasil con los puertos peruanos de Ilo y Matarani. Será un avance decisivo para el comercio no sólo entre el Brasil y el Perú, sino también de ambos con Bolivia.

Este es apenas el ejemplo más reciente de un amplio conjunto de iniciativas que vienen definiendo a la América del Sur como un espacio integrado en el sector de transportes, comunicaciones y energía.

Aquí deseo precisar otro dato: en 500 años de historia nosotros construimos el primer puente entre Brasil y Bolivia, el año pasado, que inauguramos en el estado de Acre. Y estamos haciendo el primer puente entre Brasil y Perú, en Assis-Brasil, también en el estado de Acre, que será esa carretera interoceánica. Y haremos, si Dios quiere, después del acuerdo que hemos firmado, el primer puente ligando el Brasil y la América del Sur con Europa, vía Guayana Francesa, con el estado de Amapá.

Eso demuestra que en 500 años, a pesar de lo que todos los grandes intelectuales brasileños han escrito sobre la necesidad de la integración, a pesar de Bolívar y de otros revolucionarios de la América del Sur que han pasado parte de su vida hablando de integración, a pesar de que todos los políticos en épocas de campaña electoral hablan de integración, la verdad desnuda y cruda es que la integración física —esa que trata de la energía, la comunicación, las carreteras, los ferrocarriles, las hidrovías y las asociaciones efectivas entre empresarios brasileños y de cada país— se está consolidando en este momento. Y no por obra sólo del Brasil, sino por la comprensión de

todos los países de que, si durante 500 años creímos que los beneficios para nuestro desarrollo vendrían del Norte, ahora hay conciencia de que nosotros necesitamos comenzar a resolver nuestros problemas y no quedar tan dependientes de las promesas de los países desarrollados, que difícilmente llegan a concretarse.

Ese grado de conciencia que los gobernantes están adquiriendo es el que está haciendo que haya un profundo cambio en el comportamiento de los países de la América del Sur.

El G-20, un actor respetado. El Brasil ha procurado dar una nueva calidad y un nuevo impulso a su acción en el ámbito de las negociaciones multilaterales de comercio, en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Ya fue dicho que la OMC tiene procedimientos "medievales". Quizás efectivamente lo sea en algunos aspectos, especialmente en lo que se refiere a la transparencia.

Dimos un paso importante para cambiar el cuadro en el que se daban efectivamente las negociaciones en ese foro, restringidas a algunos pocos interlocutores del mundo desarrollado.

Tomamos la iniciativa, junto a otros países en desarrollo, de crear el G-20, que se afirmó como un actor respetado en la actual rueda de negociaciones comerciales. Hoy, todos reconocen que ese mecanismo de coordinación entre países del Sur adquirió un papel de mayor importancia en la viabilización de un acuerdo que pueda hacer que la Ronda de Doha sea, de hecho, orientada hacia el objetivo del desarrollo.

Otro campo en el que logramos avances importantes fue resultado de nuestro esfuerzo conjunto para la erradicación del hambre y de la pobreza.

El presidente Jacques Chirac entendió la sensibilidad de este asunto y ha sido un socio esencial, desde la reunión del G-8 ampliado, en Evian. Ayudó a dar fuerza a la iniciativa, aumentando el prestigio de Francia, que es grande y aportando ideas innovadoras. El presidente Lagos, de Chile, y Zapatero, de España, después se unieron a nosotros, seguidos por el canciller Schröeder, de Alemania, y por el presidente Bouteflika, de Argelia.

En septiembre de 2004 logramos reunir, en Nueva York, a más de cien países, con la presencia de más de 50 Jefes de Estado y de Gobierno. Hoy tenemos un proceso en marcha, en búsqueda de nuevos mecanismos de financiación del desarrollo y del combate al hambre y a la pobreza. El tema viene ganando atención en las Naciones Unidas, en las reuniones del FMI y del Banco Mundial y en el propio G-8, como constatamos en la reunión de Escocia, en la que participamos.

Impulsamos en la Cúpula de las Naciones Unidas, pasando revista a las Metas del Milenio, algunas ideas, como la de una pequeña tasa sobre los pasajes aéreos, basada en una propuesta de Francia, que apoyamos firmemente. Y también la reducción de los costos de las remesas de emigrantes, que aportan

grandes recursos, con importante incidencia sobre las economías de los países en desarrollo. Otra importante iniciativa es la conversión del servicio de la deuda, o parte de ella, en inversiones en Educación, propuesta por Brasil, España y Argentina, que se encuentra en fase de elaboración y de viabilidad técnica. Menos consensuadas, pero en discusión, están las propuestas sobre los impuestos a los paraísos fiscales y a la venta de armas.

Al reflexionar sobre la acción externa del Brasil, no podría dejar de referirme a los desafíos que se colocan en el plano de la paz y la seguridad. Es fundamental que la comunidad internacional disponga de los medios necesarios para responder a las amenazas a la paz. Esos medios deben ser eficaces, pero también deben ser legítimos. La historia nos enseña que no serán eficaces si no fueren legítimos. De ahí nuestra profesión de fe en el multilateralismo.

***La ONU debe ser reformada.*** Con la creación de la ONU, hace exactamente 60 años, la comunidad internacional encontró un nuevo camino para enfrentar los problemas de la paz y de la seguridad. Un camino fundado en el diálogo, en la decisión colectiva y en el principio de que el uso de la fuerza sólo se haría en defensa del interés común. Esos principios son, hoy, más válidos que nunca. El mundo está delante de situaciones y amenazas graves. Injusticias prolongadas, nada raras en un contexto de pobreza y de privación, continúan desestabilizando regiones enteras, como es el caso del Oriente Medio o de extensas áreas del continente africano.

En nuestra propia región nos preocupa, en especial, la situación de Haití, país tan sufrido, que necesita el apoyo de la comunidad internacional.

Hemos liderado el esfuerzo de las Naciones Unidas en Haití, con la esperanza de que podamos crear un nuevo paradigma para las operaciones de paz. No apuntamos solamente a la seguridad de la población y a la estabilización del país. Queremos que en Haití se creen las condiciones para una efectiva reconciliación política y el reencuentro del país con la esperanza de su desarrollo económico y social.

Los terribles atentados en Londres nos mostraron que a los conflictos externos e internos se suman legítimas preocupaciones con la expansión de redes terroristas.

Sabemos, además, que tales redes pueden llegar a tener un poder destructivo sin precedentes, si tuvieran acceso a armas de destrucción masiva. Brasil y Francia comparten la visión de que es preciso revitalizar el multilateralismo. Nos encontramos delante de una oportunidad histórica para dar nueva vida a los instrumentos colectivos de que disponemos. Sin el multilateralismo, estaremos condenados a la inestabilidad crónica y a los riesgos de una escalada de violencia en el plano global.

La tarea más inmediata es concluir, con éxito, una reforma corajuda de las Naciones Unidas, una reforma mirando hacia el futuro.

Los países miembros de las Naciones Unidas discuten un proyecto de resolución para la reforma del Consejo de Seguridad, órgano central del sistema de seguridad colectiva. En ese proyecto unimos fuerzas con Alemania, India y Japón, en el llamado G-4, y hemos obtenido el apoyo de muchos países, algunos incluso, como Francia, en condición de co-patrocinadores. Otro aporte importante, en la misma dirección del proyecto del G-4, fue aprobado por la Unión Africana recientemente.

Queremos llevar al Consejo la visión de un país del Sur, que tomó soberanamente la opción de no producir armas nucleares, que atribuye especial importancia a la relación entre la paz y el desarrollo y a los medios pacíficos para la resolución de conflictos.

Esperamos que la reforma del Consejo pueda tener un desenlace favorable en un futuro próximo, abriendo camino para la consideración de otros cambios no menos cruciales. Entre ellos están el fortalecimiento de los demás órganos principales y la revisión y eventual creación de nuevas instancias para trabajar por la construcción de la paz y el respeto a los derechos humanos.

Al considerar esos temas que requieren respeto al ordenamiento internacional, me permito hacer un retroceso histórico y referirme un poco a la convergencia de puntos de vista entre Brasil y Francia.

Nuestra creencia en la libertad como valor fundamental viene de lejos. Las ideas del iluminismo francés y la propia Revolución Francesa (al lado de la Revolución Americana) tuvieron un impacto directo en el Brasil. Fueron fuentes de inspiración para las ideas republicanas y movimientos de rebeldía contra el colonialismo, como la Inconfidencia Mineira, la Revolución de los Alfayates, en Bahía, o la Revolución de 1817, en Pernambuco, mi estado natal. Esos movimientos fueron duramente reprimidos, pero dejaron una herencia de luchas que contribuyó a acelerar nuestra independencia.

Joaquín Nabuco, otro pernambucano, llegó a afirmar que “todas nuestras revoluciones (antes de la independencia) fueron olas que comenzaron en París”. Los que reprimían los movimientos nativos y republicanos hablaban de erradicar “los abominables principios franceses”. Son los principios que se celebran el 14 de julio, no solamente por Francia, sino por todos los que aman la libertad y creen en la solidaridad humana.

Francia fue para el Brasil, en muchos momentos, una inspiración de libertad. Durante los años de autoritarismo muchos brasileños, injustamente perseguidos en nuestro país, encontraron refugio y protección en tierras francesas. Guardamos una deuda de gratitud con el pueblo francés por esa solidaridad en una difícil hora de nuestra vida nacional.

Nos enorgullecemos, por eso, de ver que las actividades del Año del Brasil en Francia incluyen homenajes a dos brasileños que lucharon codo a codo con el pueblo francés en momentos difíciles para Francia. En la clandestinidad y con gran sacrificio personal, mi amigo y compañero Apolunio de Carvalho prestó una destacada contribución a la resistencia y a la liberación de Francia del

yugo nazi. En la diplomacia, el coraje del embajador Luiz Martins de Souza Dantas ayudó a salvar centenares de víctimas inocentes. Son ejemplos de los lazos humanos que vinculan a Francia y el Brasil.

Eso confiere a nuestra asociación un significado muy especial, porque la defensa de los derechos humanos y la consolidación de la democracia son hoy tareas inaplazables en el plano internacional. Sabemos que la libertad y la práctica de la democracia no pueden ser importadas de fuera. No son productos de exportación y menos todavía productos de imposición. Solamente pueden ser lo que siempre fueron para todas las naciones que las lograron: una conquista de sus pueblos. La comunidad internacional puede y debe ayudar en ese proceso, pero debe hacerlo sin arrogancia.

En América del Sur vivimos un momento de consolidación de las democracias. Las dificultades económicas son, como siempre fueron, un factor de inestabilidad social y política. Pero la madurez de los pueblos de nuestra región hace que, en nuestros días, el horizonte de las alternativas políticas ya no contemple soluciones que no pasen por los canales democráticos.

El Brasil ha procurado contribuir a fortalecer la estabilidad democrática de la América del Sur y lo hace con espíritu fraternal, respetuoso de la autodeterminación de los pueblos y de la soberanía nacional. De nuestra parte no habrá interferencia, pero tampoco indiferencia hacia la suerte de nuestros hermanos. El Brasil continuará extendiendo la mano, a favor del fortalecimiento de ese patrimonio de libertad. Pero la democracia no es solamente una aspiración aislada de cada país. Es también una tarea a ser realizada en las relaciones entre los países.

Un mundo plural —o “multipolar”, como a veces se dice— no es un deseo piadoso de diplomáticos o académicos idealistas. Es una exigencia de los días que vivimos. La negación de la pluralidad de los polos, pretendidamente “realista”, reduce las relaciones internacionales apenas a una expresión de fuerza militar.

Para afirmar la democracia en el plano internacional es necesario reconocer que la pluralidad de visiones es legítima y que se debe dar un espacio creciente a la acción diplomática.

Ser democrata en el plano global y creer que todos tienen derecho a ser actores, que cada actor tiene sus razones y que, en fin, no siempre la razón del más fuerte es la más fuerte de las razones.